

Retos del “bono demográfico”

Fernando F. Sánchez C.

No se trata de una nueva forma de asistencialismo social ni de clientelismo político. Al contrario, es una ocasión, quizás única en nuestra historia, para alcanzar el nivel de desarrollo que todos soñamos para el país. Esta oportunidad proviene no de políticas públicas o tendencias económicas internacionales, sino de algo mucho más elemental: el cambio en la estructura por edad de la población costarricense.

Como explica el especialista Luis Rosero Bixby, “de los 24 a los 57 años de edad lo que produce en promedio una persona supera a lo que consume. (...) Antes y después de estas edades ocurre lo contrario”. Cuando el grueso de la población de un país alcanza las edades referidas, la productividad general supera por mucho al consumo, creando condiciones óptimas para un auge económico y la elevación del nivel de vida. Esto es el “bono demográfico”, fenómeno que solo sucede una vez en la historia de una nación. De hecho, estudios del Banco Mundial atribuyen al menos un tercio del crecimiento económico de los “Tigres Asiáticos” a finales de la década pasada, al buen aprovechamiento de este “bono”.

Costa Rica está al borde de la misma transición. La exitosa política social de las décadas de 1950 y 1960 provocó que desde 1960 hasta 1975, aproximadamente, Costa Rica lograra tasas de crecimiento poblacional entre las más altas del mundo. A mediados de la década de 1980, esta tasa empezó a decaer, por lo que ya no hay una proporción tan alta como antes de menores de edad en la población. A su vez, los nacidos en el periodo de mayor expansión demográfica están hoy en plena edad productiva, o alcanzándola. La estructura de nuestra población por edad dejó de verse como una “pirámide” y ahora empieza a parecerse a un “barril”.

Este cambio supone al menos dos grandes retos, uno a corto y el otro a mediano plazo. Primero, urge optimizar la productividad de esta generación de costarricenses jóvenes y adultos, tanto en bien de



ellos mismos como del país. Para ello la clave es educación. Además de reforzar los programas contra la deserción estudiantil del MEP a todo nivel (primaria, secundaria y superior), el Instituto Nacional de Aprendizaje (INA) debe implementar programas de forma más flexible y dinámica.

En la actualidad un 12,2% de los muchachos entre 12 y 24 años (los últimos componentes del “bono”) no estudia ni trabaja, según el Estado de la Nación. Es como si un agricultor se negara a sembrar sus mejores semillas. Es inadmisiblemente malgastar esta generación. “Ahorrar en educación es ahorrar en civilización”, insistía Omar Dengo. Por ello, el INA debe emprender un programa “de choque” para afinar las capacidades productivas de esta camada, y facilitar su inserción

al mercado laboral. Y hay que hacerlo ya. “La juventud es una ‘enfermedad’ que se cura con los años”, nos recuerda el escritor irlandés George B. Shaw.

El segundo de los retos es más personal de lo que parece. Hay que prever cómo atender y favorecer a los mayores de 65 años. Este grupo era menos del 8% de nuestra población en el 2000, pero en cuatro o cinco décadas constituirán hasta el 30% de ella. Merced a nuestros índices de salud, hoy tenemos una de las expectativas de vida más altas del mundo (puesto 24, según el PNUD). Al confluir esta situación con la baja en la tasa de natalidad, es claro que la población costarricense en promedio está madurando y comenzando a envejecer, fenómeno ya vivido en Europa y Japón. Este proceso debe im-

portarnos muchísimo, pues los adultos mayores del mediano plazo somos quienes estamos hoy al principio o a la mitad de la etapa más productiva.

Para este sector poblacional son necesarias dos tipos de medidas. Primero, aprovechar al máximo la experiencia y conocimientos que poseen. El mismo INA y el Ministerio de Trabajo deben implementar sin demora programas de capacitación y reinserción laboral para adultos (obtener trabajo no debería ser un suplicio para los mayores de 45 años). Segundo, asegurarles el respeto a su dignidad humana y el acceso a los servicios públicos en igualdad de condiciones. El respeto que reciben los adultos mayores en Japón y otros países de Asia, y las comodidades que se les ofrecen en lugares de retiro como Oxford en Inglate-

rra o Florida en EE.UU., son a la vez un justo homenaje y una interesante oportunidad de mercado. Ningún empresario serio ignoraría un segmento de consumidores compuesto por un 30% de la población, muchos de ellos con tiempo para visitar el comercio e importante capacidad adquisitiva (dos atributos del “cliente ideal”).

Es ahora momento de prepararnos y aprovechar al máximo las ventajas del “bono demográfico”. De la planificación y de no postergar políticas públicas visionarias depende lograr que los cambios en la estructura de nuestra población se traduzcan en el anhelado salto hacia el desarrollo. Si no, como en la parábola de las doncellas insensatas, por descuido habremos malgastado una oportunidad irreplicable.